

Editorial científico de Raisa Ostapenko, galardonada en 2023 con el Premio Roger W. Smith del Instituto Zoryan

24 de noviembre de 2023

Civiles atrincherados en sótanos y habitaciones seguras; columnas de deportados; millones de mujeres, niños, niñas y ancianos huyendo de sus hogares por miedo al derramamiento de sangre, desafiando a los elementos con nada más que sus mascotas, un poco de agua y pan, todo por una oportunidad de refugiarse en los brazos de lo desconocido; los caminos hacia la seguridad con vehículos incinerados y cuerpos carbonizados hasta quedar irreconocibles; las brasas moribundas de la identidad y los recuerdos sofocados en campos de reeducación; la frenética agonía de los ojos que buscan a sus seres queridos entre hileras de bolsas para cadáveres; el sentimiento de sobrecogimiento que provocan las fotos de uñas lacadas sobre dedos manchados de barro sin vida y las imágenes de decapitaciones, castraciones, ejecuciones extrajudiciales, niños con la boca espumada por el gas y desmembrados por bombas de racimo, cadáveres desnudos y rehenes ensangrentados desfilando por las calles, animales y seres humanos ahogados en una inundación artificial y otros actos de barbarie perpetrados en nombre de la aceptabilidad, la respetabilidad, la venganza, la guerra y el terror.

Estas descripciones recuerdan otra época, la primera mitad del siglo XX, que fue testigo de dos guerras mundiales y de dos de las catástrofes más impensables de la historia de la humanidad: el genocidio armenio y el Holocausto. ¡Qué incompatibles parecen con un mundo comprometido con la salvaguarda de la dignidad humana! Con un mundo que había adoptado la Convención sobre el Genocidio (1948) y la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) y que había comenzado el nuevo milenio con el estribillo "Nunca más": "una oración, una promesa, [y] un voto" de que nunca más habría odio, "ni el sufrimiento de personas inocentes, ni el fusilamiento de niños hambrientos, asustados y aterrorizados. Y nunca más la glorificación de la violencia baja, fea y oscura", como dijo Elie Wiesel, superviviente del Holocausto y Premio Nobel de la Paz.

Sin embargo, estas escenas de horror son dolorosamente relevantes hoy en día, habiendo ocurrido todas en la última década del siglo XXI, algunas incluso en las últimas semanas. Amargos recordatorios de la fragilidad humana y de la capacidad de crueldad, evocan un profundo sentimiento de tristeza que sólo se apacigua con la persistente esperanza de que el "nunca más" no sea sólo una quimera en un mundo que ha normalizado la violencia. A pesar del ilusorio respiro del periodo inmediatamente posterior a la Guerra Fría, cada vez es más evidente que algunos regímenes y organizaciones consideran la violación, la tortura y otros crímenes contra civiles como estrategias viables para alcanzar sus objetivos políticos. Peor aún, la mayoría de estos crímenes quedan impunes. Como consecuencia, muchos ciudadanos de a pie han llegado a creer que estas graves violaciones de los derechos humanos -por deplorables que sean- son, en última instancia, inevitables e incluso una parte normal de los conflictos y la geopolítica. Esto no podría estar más lejos de la realidad. Estas tácticas son armas de guerra y terror.

Por desgracia, a pesar de nuestra capacidad de empatía, demasiadas personas limitan su sentido de la responsabilidad a un "universo de obligaciones", definido por la socióloga Helen Fein como "un círculo de personas vinculadas por obligaciones mutuas de protegerse mutuamente". Este problema se ve exacerbado por la desinformación y las tensiones tan profundamente arraigadas en la "identidad": una percepción de pertenencia basada en diferencias reales o imaginarias relacionadas con la cultura, la política, la clase, la religión, la lengua o la raza. Por eso el genocidio -una forma extrema de violencia basada en la identidad- es un fenómeno profundamente emocional.

Adormecidas por la desconexión moral, los prejuicios de grupo, la competencia por los recursos y la polarización, las personas dan cada vez más importancia al particularismo frente al universalismo. Al hacerlo, niegan la multiplicidad de sus propias identidades, apoyan las ambiciones

del "grupo al que pertenecen" y consideran a los representantes de "grupos ajenos" – incluso a civiles inocentes – como objetivos merecedores de violencia retributiva. Así es como la gente corriente se convierte en testigo de la violencia masiva o, lo que es peor, participa en ella.

Como investigadora del genocidio centrado en la ayuda, creo que debemos, tanto por la memoria de quienes sacrificaron sus vidas por la posibilidad de "nunca más", como por el futuro de la humanidad, redoblar nuestros esfuerzos para fomentar la compasión y combatir la búsqueda de chivos expiatorios, la deshumanización y otros precursores de los crímenes contra la humanidad. Esto debe hacerse no sólo a través de la investigación científica y el compromiso con las organizaciones humanitarias, sino también democratizando el conocimiento del genocidio a través de todo tipo de medios de comunicación, con debates profundos pero accesibles de los conceptos clave a nivel popular, e iniciativas de responsabilidad social orientadas a la educación, la desescalada, la reconciliación y el pluralismo. Como dice el refrán, debemos hablar por los demás, porque si no lo hacemos, no quedará nadie que hable por nosotros.